

A landscape photograph featuring a field of tall, golden-brown grass in the foreground. In the middle ground, there is a dense line of dark green trees. The sky is filled with soft, grey clouds, and several birds are captured in flight, scattered across the upper portion of the frame. The overall color palette is muted, with greens, greys, and earthy tones.

# LA REDENCIÓN DE LOS MALDITOS

ANTONIO OROZCO GUERRERO

Una singular mezcla de aventuras, crímenes y amor.

Una novela que te sorprenderá.

¿Hasta qué punto las vivencias del pasado determinan las acciones posteriores?

¿Puede un malvado dejar de serlo?

¿O es esclavo de su destino e incapaz de evitar precipitarse por el abismo?

Publio Cano, un pícaro metido a cazador de recompensas, viaja a América tras timar al terrateniente que le encargó matar a un hombre.

Durante el viaje y su posterior estancia en Uruguay, el protagonista pasa por experiencias encontradas, que comienzan con un asesinato, siguen con el encuentro casual con una mujer extraordinaria y parecen finalizar cuando una sorprendente revelación lo lleva de vuelta a España.

Una vez allí, un incidente sangriento terminará de marcar un cambio definitivo en su vida.

A vosotros, mis amigos y excelentes escritores Marta Martín Girón, Marcos Nieto Pallarés y Gonzalo Fernández, por vuestro constante apoyo, por las experiencias que hemos compartido y, sobre todo, por haber estado siempre ahí, animándome a escribir novela histórica y haciéndome creer que soy capaz de explorar los vericuetos de la ficción literaria.

No hay pecado tan grande ni vicio tan apoderado  
que con el arrepentimiento no se borre o quite del  
todo.

Miguel de Cervantes

## Verano de 1888

–¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¡Reunión familiar!

Todos los comensales, reunidos en la venta de Juan Piña, volvieron la mirada y vieron, con el mismo asombro que si se tratara de una aparición fantasmagórica, a un tipo con un pañuelo atado por detrás de la cara. Llevaba una carabina en la mano. Iba acompañado por cuatro hombres armados con revólveres y también con la cara cubierta.

–¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí? –preguntó el ventero.

–No va por ti. Vengo a terminar algo que tengo pendiente desde hace tiempo –dijo el de la carabina con una voz grave, que resultaba poco natural: parecía claro que quería evitar que lo identificasen–. Voy a acabar de una vez con los hijos de puta que me han amargado la existencia desde hace años. Quítate de en medio, que ya te he dicho que la cosa no va contigo. Y las señoras igual. Si no queréis ver cómo mato a estos hijos de perra, levantaos y salid corriendo.

–Yo me quedo aquí –dijo una de las presentes.

–¡Por supuesto que te quedas! A ti también te voy a dar tu ración. Me refiero a las señoras. Tú eres una puta, bien lo sabían aquellos de los que, después de engatusarlos, dijiste que te habían violado. Eres la que más se merece morir; después de tu hermano, claro. Se acabó eso de que un asesino esté libre como si nada.

–Quédese conmigo, lléveme donde quiera y haga lo que ha venido a hacer –propuso el aludido–. El resto de mi familia no tiene nada que ver con este asunto. Además, aquí hay varias personas que solo son amigos.

El tipo echó una ojeada.

–Eso ya lo sé. Aquí os quedáis los tres hermanos y tu padre; los demás se pueden largar. –Nadie hizo ademán de moverse–. ¿Pero qué veo? ¡Si tenemos aquí al cabrón que me estafó y se llevó mi dinero sin cumplir su palabra! ¡¡Nada menos que Publio Cano!! Ya veo que estabas compinchado con esta familia de facinerosos. Mira por donde me va a salir el día completo. Te quedas también, que te voy a dar lo tuyo. Los demás os podéis largar.

–Oiga, le advierto que... –dijo uno con bigote, mientras señalaba con el dedo índice al enmascarado con fingida firmeza.

–¿Y usted quién es? –cortó el aludido.

–Soy sargento de carabineros y este es cabo del mismo cuerpo. Y le digo que tenga mucho cuidado con lo que hace. Todavía está a tiempo de marcharse. Si lo hace, todos olvidaremos este incidente.

–¡Vaya! Es una lástima que estén aquí. Tengo amigos carabineros. Íntimos.

–Los carabineros no somos amigos de facinerosos.

–¡Yo no soy un facineroso! Vengo a hacer justicia. He sabido que había llegado a Jerez el hermano de este asesino y no he tenido más que seguir sus pasos para llegar aquí y cogerlos a todos juntos. Voy a extirpar esta mala hierba como se arranca la grama en mis viñedos. ¡De raíz!

Una grave pendencia familiar estaba a punto de terminar de la peor manera posible.

## Un año antes

El de la levita negra se vio sorprendido por el pelirrojo cuando iba hacia su camarote. Este lo alcanzó por detrás y le dio un fuerte golpe en la cabeza con una cachiporra que llevaba guardada bajo el pernil del pantalón.

En el buque no se permitía portar armas de fuego y el que las tuviera estaba obligado a entregarlas al capitán antes de embarcar. No era el caso de Publio Cano, el pelirrojo, pues perdió su revólver y su carabina *Springfield* pocos días antes a manos de un pastor de cabras, tan desconfiado como hábil con la honda.

Cuando vio caer al de la levita negra, el pelirrojo lanzó sobre él una mirada fiera, acompañada de una mueca terrible. El otro no podía haber sospechado que un hombre de modales tan educados y carácter tan amable y simpático iba a comportarse de aquella manera tan brutal.

Cano era una persona muy hábil para hacer cualquier papel según la ocasión. Podía aparentar ser un bruto sin escrúpulos o un ingenuo redomado. Todo en él era artificio al servicio de las que había querido que fuesen sus ocupaciones habituales, todas relacionadas con el engaño. Sin embargo, en esta ocasión, Cano no fingía.

Si la decisión de embarcar en Cádiz con dirección a América iba a marcar un cambio radical en su vida en mayor medida de lo que él podía esperar, el golpe, propinado en la cabeza de un hombre casi desconocido lo llevaba a algo de lo que había presumido en ocasiones, si bien

nunca había llevado a efecto hasta entonces: matar a alguien por dinero.

Una cosa era alardear de ser un matón, aceptar un trato y engañar al que le encargaba el asunto, y otra matar sin más. Y en estos momentos, sobre la cubierta de aquel vapor de una compañía francesa que hacía la ruta de Cádiz a Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, el pelirrojo iba a descubrir que sí era capaz. Muy capaz.

La cabeza del de la levita negra sonó con fuerza, por encima del ruido del mar, al estamparse contra la cubierta del barco. El agresor se agachó para recoger «su dinero» mientras se sorprendía a sí mismo al comprobar que le daba igual si el tipo seguía vivo o no. Metió una mano en los bolsillos del caído y sacó dos abultados fajos de billetes cogidos por sendas gomas. También había unos naipes sueltos.

—Vaya, hombre —susurró—, te guardabas varios ases. Así me has ganado. ¿Quién me iba a decir que eres más tahúr y fullero que yo? Pues te ha salido mal la jugada. Me has levantado unos cuantos miles, pero la última mano es mía. Me lo llevo todo.

En ese momento pensó que si el tipo seguía vivo le iba a faltar tiempo cuando se despertase para denunciar que había sido él quien le había golpeado y robado. Y lo que era peor: teniendo en cuenta que solo hacía unos minutos que había perdido su dinero en la partida de póquer y que los dos jugadores que quedaban en el comedor lo habían visto salir tras el de la levita, no iba a ser difícil deducir quién había sido el que le había birlado la pasta.

«De todas formas, este no me ha visto, y aunque jure que he sido yo, será su palabra contra la mía —meditó—. Y los otros, igual. Pero todo se puede complicar. Porque, ¿dónde guardo el dinero? Si me cogen con todo esto...».

Acercó el oído a la boca del caído para comprobar si respiraba.

Nada. Solo el chapoteo del agua contra el casco del vapor.

Le tomó el pulso.

—¡Joder! —exclamó, en una mezcla de emociones en las que no supo identificar si predominaba el alivio o la decepción.

El corazón del caído latía firme e insistente como un reloj. «Tengo que decidir qué hago —pensó el pelirrojo—, porque, si se termina de despertar y me mira a la cara, todo estará perdido a menos que lo despache al otro barrio sin billete de retorno».

El caído, que se encontraba boca abajo, empezó a removerse y quejarse.

—A ver, amigo, me voy a quedar con tu dinero y recupero el mío porque me has hecho trampas. Te confieso que yo también me agencí un par de reyes cuando metí la mano en el bolsillo para coger el cigarro habano. En fin, el que tiene la porra soy yo y esto es lo que hay. La partida la gano y a ti te va a salir muy cara.

—¿Dónde...? —trató de preguntar el agredido, desorientado por completo.

—La pregunta no es esa. La pregunta es qué hago contigo. Si te dejo vivir, mañana le vas con el cuento al capitán. No deberías haberte despertado.

Cano miró hacia ambos lados de cubierta. No vio a nadie. Los que se habían quedado para jugar «una última mano» debían seguir dándole al naipe y bebiendo.

Él no era bebedor. Hasta ahora, lo suyo, su medio de vida y su pasión, era el timo y el juego. Todo lo demás quedaba supeditado a eso, incluso las mujeres, si bien los beneficios de sus habilidades los gastaba en ellas siempre que podía. Tenía bien comprobado que para sacar un póquer de reyes de donde no lo hay es necesario estar lo más sobrio posible y contar con la ventaja que dan los tragos que llevan encima los oponentes.

Se encaró de nuevo al caído.

—Eres bueno con las cartas. Me has sacado un póquer de ases y no me he percatado de que hacías trampas como yo. No te diré que lo siento, pero si hubiera alguna razón para dejarte vivir, lo haría. No sé si te servirá de consuelo. Me temo que no.

El hombre, que trataba, sin éxito, de levantarse, abrió los ojos y vio la muerte dibujada en los labios y en la mirada del pelirrojo.

Publio Cano, embaucador, pícaro, jugador de ventaja y falso matón dio un paso más en la pendiente que lo conducía a lo más bajo del ser humano, aunque todavía quedaban algunos escalones que estaba por ver si descendería o no.

Agarró con fuerza el cuello del desgraciado y le dio un nuevo golpe con la cachiporra. El otro se resintió y comenzó a soltar gruñidos con el vano intento de gritar y pedir auxilio. Esto hizo que Cano se enfureciera y perdiera el control.

—Hijo de puta —dijo entre dientes y con la mandíbula apretada—, lo que me hace falta ahora es que te pongas a dar voces.

Le dio un nuevo golpe, esta vez con todas sus fuerzas, mientras que con la mano libre le tapaba la boca. Fue un golpe brutal. El otro quedó inerte en el suelo. Publio Cano se sintió fuerte y poderoso al cerciorarse que podía acabar con la vida de otro hombre, mas no sintió nada particular aparte de eso.

Al lado del lugar donde se encontraban, había un bote salvavidas. Cano meditó que, de momento, era más sencillo y rápido meter al muerto allí que tirarlo al agua. «Lo dejo ahí por ahora —decidió—. Todavía tengo unas horas antes de que amanezca. Primero guardo el dinero en el camarote y ya veré luego si regreso y lo echo al agua o lo dejo como está».

Sudaba. Todavía sentía la furia asesina que lo había llevado a propinar el golpe brutal al de la levita. Se incorpo-

ró y echó un nuevo vistazo en todas direcciones. Levantó la lona que cubría el bote, alzó en brazos al de la levita negra como si se tratara de una pluma y lo metió dentro con cuidado de no hacer ruido. Echó la lona encima y comenzó a andar hacia el camarote.

En ese momento aparecieron los dos que se habían quedado en el comedor. Hablaban con estruendo y reían sin ton ni son. Cano se apoyó de inmediato en la baranda y se puso a hacer como que observaba algo en el mar.

—¿Qué pasa? —saludó uno de ellos al pasar al lado de Cano; los síntomas de embriaguez eran más que evidentes—. ¿Echando un ojo al paisaje?

—Tomando un poco el aire —murmuró Cano a media lengua, como si estuviera borracho también, mientras se esforzaba por cambiar el tono de voz.

—Pues ahí te quedas. Nosotros nos vamos a la piltra —dijo el otro, tan borracho como el primero.

\* \* \*

Pocos días antes del asesinato de César Pacheco, Publio Cano había abandonado la casa gaditana de su tío materno, Enrique Berlanga, vendedor de pianos y otros instrumentos musicales, que había perdido varios años de su vida en intentar hacer de su sobrino un hombre de provecho que heredase el negocio familiar.

Un golpe de varios miles de pesetas, por jurar que había cumplido el encargo de matar a un hombre al que no había visto en su vida ni de lejos, lo decidieron a partir para América. A buen seguro, con aquel dinero podría montar un buen negocio. Tenía la idea vaga de comprar un turgio elegante, montar timbas y cobrar un tanto por ciento a los jugadores. Algo seguro y sin riesgos, a su entender, a la par que muy beneficioso.

Aquella noche de finales de julio de 1887, Cano se apeó de una calesa de la que le bajaron un baúl de pe-

queñas proporciones. Delante de sus grandes narices se encontraba un vapor en cuyo casco se podía leer lo siguiente:

*NORMANDÍE*  
*SOCIÉTÉ DE TRANSPORTS MARITIMES*

Un marinero se encontraba junto a la escalinata del buque con la misión de inspeccionar la entrada de pasajeros.

–Buenas noches. Esta mañana ha estado un familiar en el domicilio del consignatario para comprar un billete y le han dicho que no quedaban y que me pasara por el barco antes de que zarpase a las doce de la noche, por si había alguna baja de última hora.

El marinero pareció no comprender nada y solo contestó:

–*Pardon. Je vais informer le officier de service.*

A continuación, entró en el buque y en un par de minutos apareció acompañado por un oficial atildado y amable en extremo.

–Señor, me dicen que desea embarcar con nosotros.

–¿Es usted el capitán? Me alegro de que hable español. En efecto, así es. Quiero un billete en primera clase.

–Soy el segundo oficial del buque. Al capitán no lo verá ni en pintura. No es de los que gustan de relacionarse con los pasajeros. Y respecto a lo otro, no se extrañe, soy de aquí, de Cádiz.

–Ya decía yo...

–Sobre su deseo de embarcar, ha tenido suerte, pues tenemos un camarote libre. Un comerciante que al final ha tenido que demorar su regreso. Y es de primera.

–Perfecto, entonces.

–Si me abona el importe del billete, lo ayudamos a subir ese equipaje. ¿Cuál será su destino?

–Pues la verdad es que no estoy seguro del todo. En principio pensaba ir hasta Río de Janeiro. Supongo que si

cambio de idea durante el viaje podré pagar y no habrá problema.

—Supone bien. No lo habrá, siempre que nos avise antes de llegar a Río. Si hubiera allí pasajeros que desearan embarcar para Montevideo o Buenos Aires y las plazas se ocuparan antes de que usted se decida, no puedo darle preferencia.

—Me parece muy razonable. De momento, pagaré el billete hasta Río y antes de llegar ya decidiré si continúo.

—Antes de embarcar le voy a comentar un par de cosas. En primer lugar, si lleva armas de fuego me las deberá entregar ahora mismo. Por supuesto, cuando llegue a su destino se las devolveremos. Por otro lado, en el buque le podemos suministrar cambio de pesetas a reales, o a pesos, antes de que desembarque. También lo puede hacer una vez en tierra, aunque le advierto que nuestra oferta es muy ventajosa.

—Respecto a lo de las armas de fuego, no llevo ninguna; y sobre lo otro, lo tendré en cuenta cuando decida si me quedo en Brasil o sigo hasta Uruguay o Argentina.

—Pues nada, si no le importa, me abona el billete y registramos ese baúl. No es que dude de su palabra, es que tenemos que comprobar lo de las armas.

—Por supuesto. ¿Sería tan amable de indicarme el importe?

\* \* \*

El vapor tenía previsto hacer escala en las Islas Canarias y más tarde en Cabo Verde, desde donde daría el último salto al continente americano aprovechando los vientos alisios. A pesar de que la vela estaba en pleno declive a la hora de hacer grandes travesías, los alisios eran aún muy de tener en cuenta, al igual que la corriente del Golfo, según se tratara de ir de Europa hacia América o de la ruta inversa.

Publio Cano subió al buque. Dos marineros se afanaron en llevarle el baúl, que no era en verdad muy pesado, hasta el camarote. La cubierta estaba recién baldeada, no tan a conciencia como para terminar de eliminar una fina capa de hollín.

–Tenga cuidado, señor, no vaya a resbalarse –le indicó uno de los dos del baúl.

–Gracias, amigo, lo tendré.

–Si lleva zapatos con suela nueva, mejor será que se los cambie por otros más viejos –aconsejó el otro marinero.

–Lo tendré en cuenta.

El camarote era pequeño, ni más ni menos que lo que Cano esperaba. Una cama, una mesa anclada al suelo y una silla plegable era todo lo que había, aparte de una repisa donde colocar una maleta menos pesada y voluminosa que el baúl. El portillo redondo y pequeño le mostró el brillo de las aguas de la bahía de Cádiz y algunos nubarrones pasajeros que tapaban el cielo.

Los dos del baúl permanecían fuera, en el pasillo que daba a los camarotes. Dentro no cabían los tres ni apretados como arenques en su caja.

–Señor, le entramos el baúl y se lo dejamos al lado de la cama. No va a caber debajo.

–Ya veo. Ni debajo de la cama ni en ninguna parte.

–Si lo desea, se puede quedar con lo necesario y el resto nos lo llevamos a una cámara destinada a equipajes.

–No, es igual. De momento me lo quedo aquí. Ya me apañaré.

–De acuerdo, señor. Aquí tiene las llaves del camarote. Le aconsejo que tenga la precaución de cerrar siempre que salga.

–Gracias.

–Si cambia de opinión con lo del baúl, aquí estamos para servirlo. Que tenga un feliz viaje.

Nada más salir los dos marineros, Cano se echó en la cama. No había otra cosa que hacer.

—Al menos es cómoda —se comentó a sí mismo en voz alta—. O será que tengo sueño.

Se incorporó y cogió la llave del baúl, que llevaba colgada del cinturón por una pequeña cadena. Abrió y miró el interior. Debajo de varias prendas y algunos papeles, una caja guardaba más de treinta mil pesetas en billetes.

«Aquí está mi futuro —se dijo—. Cuando me agencie un salón en condiciones me voy a forrar. No me van a faltar mujeres, buenos trajes y mejor vida. Siento haberle birlado unos cuantos miles al tío Ernesto del cajón de la mesa de escritorio. No lo va a entender. Cuando esté bien montado ya se los devolveré».

Guardó la caja en el fondo del baúl, lo cerró y se volvió a echar. Se durmió con el pensamiento de montar unas cuantas partidas en el barco y aumentar su fortuna. Empezó a imaginarse con un traje negro, una rubia cogiéndolo del brazo y haciéndole arrumacos ante su indiferencia, un puro habano y un salón luminoso lleno de mesas de juego. «Seguro que aquí no faltan incautos adinerados —fue el pensamiento que llenaba su cerebro cuando se quedó dormido».

Se levantó temprano; había pasado una mala noche a causa del movimiento del barco. Tenía la boca reseca y se sentía mareado. Se puso los pantalones y una camisola blanca, cogió unos billetes del baúl y se fue a buscar dónde tomar algo.

En el comedor, al que se llegaba tras un paseo por cubierta en dirección a proa, había un camarero joven, delgado y pálido, algo cargado de espaldas y con pinta de espabilado. Aparte de lo dicho y unos dientes de ratón, sus características físicas más acusadas eran la napia ganchuda y un cuello más largo que un día sin pan. Cualquiera que lo viera podría hacer un comentario fácil que lo